

No te olvides de que telepatía es experiencia a distancia (tele+pathos) y no necesariamente meterse en la cabeza de otro ni entender a la perfección la experiencia que uno mismo dice sentir. Eso sería una telepatía del lenguaje puro, de los conceptos más o menos abstractos que confluyen en el cuerpo de otra persona y no así de las sensaciones que son, además de lingüísticas, siempre fenomenológicas y eventuales. En cuanto la experiencia de uno es recordada hay ya una mediación y una distorsión lingüística, antes todo con uno mismo. La experiencia no sería aquello que uno construye como sensación propia sino aquello que se experimenta con otro y de otro. Por eso la "experiencia propia" es siempre una experiencia de algo "externo", o con algo "externalizable", una caricia, una lectura, con un paisaje. Incluso cuando a uno le duele la tripa la cabeza, el alma, está cosificando esa dolencia o sensación. Se subdivide el sí mismo y entiende la sensación como una parte de sí, como una partición momentánea de "c:\". La sensación propioceptiva se materializa lingüísticamente, es decir, se verbaliza. Sentirse "sentado" sólo sucede tomando conciencia de que se está quieto y dándole un nombre, una expresión, a esa sensación constante que pasa inadvertida el resto del tiempo. Esta versión de la experiencia puede considerarse algo forzada pero no dista tanto de la construcción del sujeto mediante el otro. La idea de "transmitiros lo que siento" asume que puede haber un control total sobre el sujeto e indirectamente localiza la experiencia, o la voluntad, como una función exclusiva de la mente consciente. O tratando de mejorarlo, llega a reconocer la idea de cuerpo pero no como un órgano continuo sino como un accesorio (primario o secundario según la escuela ideológica) que puede entenderse a sí mismo de forma clara, unívoca y racional: que uno conoce la experiencia de uno mismo mejor que otro desde ese habitáculo interno e ilusorio que es el sujeto. Esto es totalmente cierto mientras aceptemos una definición de la experiencia que es asimilable a su construcción cultural, compartida y consensuada (esa unicidad del yo intransferible es paradójicamente un convenio social y residual del capitalismo de masas). Es decir, me pongo de acuerdo con toda la humanidad en que mi experiencia es única e intransferible, constituyendo así un único vector de la diferencia. Pero si pensamos, como decía, que esa traducción de uno mismo consigo mismo es también lingüística, compartida y no pura e inmaculada, entonces la experiencia pasa a poder operar mediáticamente como cualquier otra producción del lenguaje: con fallas de traducción, interpretación y comprensión. Ya no es sólo que no haya otra manera de comunicarse con el otro más que por medio de la falla, sino que es el propio sujeto quien procede también de esa la falta y se entiende a sí mismo desde un "punto ciego"[1]. La diferencia telepática estriba entonces en tomar conciencia de que es esa, y no otra, la constante hoy. Que el sujeto se experimenta a sí mismo desde la distancia y el afuera que le proporcionan los objetos y sujetos digitales. La máquina y la red no modifican nuestra forma de relación sino que la reproducen y la aumentan. Reifican su inmaterialidad y actualizan la tactilidad de la cueva y la pintura rupestre en la superficie lisa y reflectante del gorilla glass de las pantallas. Nos adaptamos fácilmente a la superficie táctil porque siempre hemos convivido con ese principio telepático de la experiencia, incluso cuando éste no haya jugado un papel central en la narrativa cultural la tele-experiencia está ya en la comunicación táctil con el bisonte y la cueva.

Partiendo de esa definición excéntrica de la experiencia propia se pueden imaginar formas telepáticas de recibirla de otros. Incluso, sino de emitirlas conscientemente, sí de facilitar las condiciones para que eso suceda. Ciertamente, todo eso no puede tener lugar si no convenimos previamente nuevas definiciones de cada cosa. Empezando por que lo que uno quiere transmitir, lo que "uno siente que experimenta", no es sólo lo que uno experimenta sino además la construcción consciente y mediada de una experiencia que sucedió y ya no es igual. ¿Es eso entonces lo que es intransferible? ¿La ilusión de permanencia que uno tiene de una experiencia siempre accidental y eventual? Desde luego eso sería más preciso. Y probablemente la respuesta corta sea "sí, ese determinado producto del cuerpo pensante es intraducible voluntariamente y en términos conscientes". Pero si esa ilusión de permanencia es una ilusión fuerte y vertebral del sujeto al que aspiro[2] no resulta descabellado que esa ilusión trascienda más allá de lo consciente y se reproduzca al margen de la intención como una *in-corporación* del sujeto: manifestándose en multitud de formas que operan y piensan por encima del sí mismo conocido, a nivel de piel. En ese intersticio entre el cuerpo y el mundo. Lo que digo finalmente es que la experiencia se escapa accidentalmente en forma de ondas y cosas corporales. La telepatía sería un súper-texto que se imprime encima de la voluntad consciente y reproduce de formas inesperadas la relación que uno tiene con la experiencia. O por lo menos, con experimentar la imposibilidad de transmitir una construcción del yo.

El peligro subyacente a creer que la telepatía sólo podrá ser telepatía cuando sea una fiel copia de la representación popular en la ficción científica, es que se pierda la diferencia que nos dan las diversas formas del lenguaje al instaurar que esa, y no otra, es la manera de entender "realmente" lo que piensan las personas. Mantener viva la idea de que el pensamiento y el lenguaje están contenidos en ese tropo cultural que es el "meterse dentro de la cabeza de otro". Curiosamente la telepatía siempre se representa a través del lenguaje mudo que resuena internamente en la cabeza, como cuando uno lee un libro en silencio. Esto reafirma la construcción del sujeto de sí mismo, personalizado y personalizable, frente a ese cuerpo excéntrico del que hablábamos hace un segundo\*. Como digo, el escuchar palabras de alguien en nuestra cabeza ya existe en la escritura[3] y sabemos que el necesario desarrollo tecnológico para que la escritura se escriba "cerebralmente" está a la vuelta de la esquina. A nadie le extraña hoy que vayamos a poder localizar los impulsos cerebrales que permiten componer una palabra o frase. O, por el contrario, si no son fácilmente localizables nos vaya a resultar demasiado difícil asociar la lengua a aquellos impulsos que el dispositivo dado pueda hacer funcionales. Esto sucede ya en cierto sentido en las personas que poseen una prótesis biomecánica: la persona aprende a sustituir el nervio o impulso "natural" por otro que sí conecta con la terminación electrónica de la prótesis, utilizando por ejemplo el músculo que gira el codo para cerrar un pulgar biónico. Nada nos impide pensar que esto no sea traducible en las próximas décadas a funciones nerviosas en la cabeza. El "tecleo" mental llegará antes o después. Mientras, la audición por resonancia craneal existe desde hace más de un siglo. En el museo de ciencia de Londres - e imagino que en muchos otros - podemos encontrar una varilla metálica que vibra de forma inaudible, pero que al ser mordida - con la correspondiente pajita higiénica - hace presente la música o el comentario en el centro de la cabeza, mientras nadie más puede escucharlo[4]. Sea de la forma que sea, la telepatía imaginada como la representación popular de hablar sin emitir sonido es algo que ya está mas cerca que lejos. De lo que se trata es de no olvidar el principio semántico de telepatía, que no pretende "desmaterializar" el habla sino experimentar a distancia. La telepatía seguirá existiendo incluso si ese dispositivo tecnológico llega mientras que la "comunicación mental" no adquiera estatus de dogma. Podemos dar por descontado que efectivamente será así ya que por muy mental que sea la lengua, habrá malentendidos y por tanto duda. Pero seríamos ingenuos si no supiéramos también que supondrá un hito más en la carrera hacia la regulación del futuro. De la construcción del futuro científico-técnico como objetivo completado y que siempre llega. O de acaparar el poder de designar y significar las nuevas formas de lo mental y lo corporal. Nada de esto es intrínsecamente malo o diferente de lo que sucede ya hoy. Se trata simplemente de entender porque es bueno practicar, reproducir y mutar a través de esa telepatía disfuncional. Ya que una telepatía pura o de ondas experienciales cartesianas, nunca será pura ni auténtica pero sí podrá tener influencia sobre aquellos que utilicen esos términos a pies juntillas.